

— ¡Hija mía! — exclamaba Claudio.

— ¡Tu hija! — le observó el desalmado liberto. — Los dioses tan sólo saben cuál espina le habrá picado en el cuerpo á la emperatriz, para sacarle una flor tan hermosa como la infelicilla Octavia.

— Yo siempre la tuve por hija mía.

— ¡Tú! — le arguyó Narciso poco menos que burlándose — también has creído tuyo el tálamo nupcial, y ella se lo ha entregado á cien adúlteros, atletas é histriones inclusive. También creíste tuyo el Imperio, y ella se lo ha entregado á Silio. También creíste tuyo el sello imperial, y ha sellado con él, con la cabeza de Augusto abierta en una piedra preciosa, la muerte de tus mejores amigos.

— ¿Qué hacer? — se preguntaba Claudio á sí mismo, incierto por completo entre los impulsos del corazón, que le impellan hacia su Octavia, por Octavia también á Mesalina, y los consejos de Narciso, que refrenaban é impedían todas sus debilidades.

— Acércate — decía Mesalina también á su primogénito, — acércate adonde tu padre se halla; ponte al lado mismo de Octavia, y plegando manos con rodillas, intercede por mí, por la que te diera el ser, por tu madre, pues no hay en el mundo más que una madre, á fin de alcanzar con su perdón tu felicidad.

Británico escuchó y obedeció á su madre, como había hecho la misma Octavia. Fuese al pie de la litera, por la portezuela donde se hallaba su padre, y arrodillándose, pidió con acento dolorido la vida, tan disputada en aquella sazón, de su antes poderosa madre. Todas estas escenas aparecían muy bien ideadas, si tomamos en cuenta la complexión del César, desmemoriado, frío, indiferente, olvidadizo; bajo ciertos aspectos un filósofo, bajo muchos otros aspectos un tonto; movable á cualquier impresión, creyente de su propia superioridad, y sin embargo receloso de errar y engañarse muchas veces á sí mismo; extraña mezcla de sabiduría y bestialidad muy frecuente en las cimas de los tronos, donde se producen tan perversas especies intelectuales y morales. Muchos de los que trajera en su comitiva Claudio se reían á todo reír de la perplejidad suya, y se contaban al oído salidas varias del emperador verdaderamente increíbles.

— Su familia — decía uno — lo creyó tan bruto, que le dió por maestros los palafreneros de las cuadras.

— Su abuela, cuando quería encarecer la cortedad intelectual de alguien, comparábalo con su tonto nieto Claudio.

— Como que cierto día le llamó un litigante viejo loco en sus barbas.

— Aunque Augusto le amaba mucho, decía de él que precisaba tenerlo en tutela y tratarlo como á un eterno menor.

— Su familia nunca le dejaba sitio en la mesa. Tirábanle á la cara, mientras comía, los mendrugos de pan y hasta los huesos de aceituna, cual si fuese un perro.

— Muy propenso á dormirse, cuando acababa de resoplar cual un monstruo marino, dando terribles ronquidos, poníanle las sandalias de los pies en las manos, y luego lo despertaban para que de tal guisa y modo se viera, por lo que solía llorar como un pobre niño á quien le dan repetidos azotes sin piedad ninguna y sin consideraciones de ningún género, ya muy entrado en años y muy próximo á la dignidad de emperador y al ejercicio del Imperio.

— ¡Qué decir de un hombre como él, cuyas distracciones se reducen á correr por los tribunales, tan fastidiosos, y á dar sentencias tan raras!

— Y en estas sentencias, maldito la maestría jurídica que muestra, pues las condimenta y sazona con versos de Homero, sentencias de filósofos, dichos de refranes, fórmulas de sibila; nada entre dos platos, nada.

— ¿Os acordáis de un día muy célebre? Tratábase de famosas causas sobre falsificaciones. Y como dijera uno de los acusadores privados que su contrario, inocente por más señas, merecía la muerte, mandó por el verdugo para que sin mayores formalidades lo descabezaran allí mismo y en su presencia se viese cumplida la justicia y satisfecha la venganza.

— Todo el mundo se ríe de su persona. Ya le fingen clientes que no existen, ya le cuentan como hechos reales ficticias novelas. Con tumultos le obligan á levantar las audiencias, y asiéndolo de la capa, lo asientan siempre que cualquiera desea prolongarlas allende lo permitido y legal. Entre las resoluciones rarísimas por él tomadas, cuéntase una en que deseaba obligar á una mujer, ó bien á que reconociese á un hijo suyo, cuya filiación no había sido suficientemente demostrada, ó bien á que lo reconociese, pues de sus en-

trañas había brotado seguramente, ó bien á que se casara con él, único medio de desmentir ella misma su maternidad, por ella inútilmente negada.

— Desmemoriado como nadie, mil veces quería que compareciesen los muertos á sus audiencias y que se renovasen causas ya terminadas sin apelación y en definitiva.

— Su manía de legislar suele conducirle hasta dar veinte decretos por hora.

— ¿Y su vicio de jugar?

— ¿Y su propensión á enriquecer los libertos? Mientras él es pobre, Narciso allega los tesoros de Cresos.

— ¿Y el afán de ver cómo se matan los gladiadores unos á otros?

— Todo le complace, todo, menos reinar.

— Como que daría la diadema imperial por cualquier plato grande, aunque no fuera bueno.

— Es voracísimo como un buitres.

— No hay avestruz que le iguale. Créole capaz de tragarse una cuchara.

— ¡Y decir que nos hallamos así mandados en la Roma de los Cincinatos!

Y en cuanto la conversación de aquellos cortesanos propendió á la República y á sus recuerdos, calláronse todos como muertos.

Pero Mesalina, en aquel naufragio, no había desistido de sus ruegos, tanto más, cuanto que Claudio impusiera silencio, mientras los hijos, como arriba viéramos, se arrodillaban ambos en tierra y pedían con las manos plegadas piedad por la madre al padre, cuando iba éste á darle, según todos los indicios, muerte, y muerte cruel. Así, los coloquios entre la gente de Claudio arriba puestos demuestran más la complexión y carácter del César, que todo cuanto nosotros pudiéramos apuntar y decir con mayores ampliaciones. Cuando se le miraba por un lado, parecía Claudio el primero entre los sabios; cuando por otro, el último entre los imbéciles. De filósofo sublime pasaba en un santiamén á tontiloco extravagante. Las noticias de lo acaecido entre su mujer y Silio; el viaje impensado en que su liberto á remolque lo conducía y guiaba; la notificación de un destronamiento inmediato y quizás de una muerte cercana; los estruendos armados por las fracciones imperiales que se combatían

dentro de su propia litera; el conocimiento de los adulterios perpetrados por Mesalina; el encuentro con ésta, que le repugnaba en su conciencia y le atraía y le cautivaba sin embargo; sus apetitos y los ruegos y llantos de sus hijos, en tal modo trajeron de aquí allá semejante naturaleza movible, que no sabiendo cómo conducirse, impuso un silencio profundo y se recogió dentro de sí mismo, sin encontrar ninguna salida, como si dentro de lo vacío se recogiera. Cuando llegaba un trance así, el escaso entendimiento se le apagaba por completo, se le dormía la voluntad, quedando inerte al modo y á la manera de un cuerpo muerto que pasa desde la vital animación al frío eterno y á la terrible rigidez. Narciso, que pensaba y quería por él muchas veces, experto en todos los escondites de aquel alma escudriñados por sus hábiles investigaciones de antiguo, conocía cuándo Claudio deseaba de veras algo, y entonces no le contradecía. Así conoció en este supremo instante que deseaba se impusiese allí silencio, y él mismo lo impuso. A esa imposición cesaron también las murmuraciones de los cortesanos, y no se oyó en la inmensa campiña romana otro fragor que los producidos por el resuello de Claudio, el sollozo de Mesalina y el llanto de los niños. La emperatriz, muy conocedora del temperamento de su esposo, advirtió que había llegado la hora de moverle, y se lanzó al pie de la litera, donde se hallaban sus hijos, levantando hacia Claudio los brazos, no en son de súplica, como con aire y gestos de intensa voluptuosidad.

— ¡Esposo! Te han mentido — decía, — te han mentido mucho. Yo no puedo faltar á la fidelidad que te debo, jurada en el día de nuestras nupcias sacratísimas ante las aras y los simulacros de nuestros dioses tutelares. Acuérdate cuántas veces me has asegurado cómo solamente hallabas refugio contra los dolores del mundo en estos brazos que se han enlazado á ti con eternos vínculos, y que no podrían de ti desasirse nunca sin secarse cual rama sin tronco. Mi voz ha regalado tus oídos cual una melodía misteriosa; mi aliento ha tu existencia triste aromado; mis ojos han enardecido tu sangre; mi ser ha completado tu ser en el tálamo y en el trono imperial. Y no solamente mi corazón te amó siempre; te defendió y te amparó mi amor cual un escudo fortísimo, contra el cual toda conjuración se ha estrellado. Por eso, por desbaratar una conjuración,

he fingido nupcias falsas, de cuya falsedad nadie tenía noticia como tú, pues hanse, Claudio, celebrado con tu sello, y por lo mismo con tu consentimiento. Mil veces me has dicho cómo no hay mujer ninguna tan amante de sus hijos cual esta madre desolada. ¿Crees posible que yo los deshonrase, queriéndolos en el grado que los quiero? Si tú, por sugerencias ajenas, ó por otro amor tal vez, tienes prisa de quedarte viudo, no tengas prisa de dejarlos huérfanos. Con tal de seguirlos á todas partes, de cuidarlos, de verlos, yo renuncio al título de tu esposa, y me quedo en la ergástula entre los esclavos, purgando el que hayas tomado tú por infidelidades femeninas mi lealtad á tu persona y mi devoción á tu imperio. La mayor prueba de cariño dada por mí en esta vida y en este mundo al esposo había de ser esa falsa boda, que tú juzgas como una conjuración aviesa, y que juzgará como un acto de abnegación sublime lo porvenir y sus historias. No me despidas para siempre de tu lado. Permíteme á lo menos pasar contigo una de aquellas noches en que no podíamos dormirnos consumidos en los más ardientes placeres. Una noche, una noche no más, y al amanecer el nuevo día, en la sonriente alba, puedes, si así lo deseas, matarme, matarme. La muerte me sería más dulce, si recibo, al dejar este mundo, pruebas de un amor que siento latir en tu corazón, que veo resplandecer en tus ojos, que bebo en el aliento de tus labios llegado hasta mí, que absorbo en todo tu ser y en toda tu vida. No me desdeñes, pues que nunca encontrarás mujer á quien ames tanto como á mí. No me castigues, pues te castigas á ti mismo. Alguna vez, al extender en torno tuyo los brazos por las largas noches, y ver vacío el sitio por mí ocupado tantos lustros ó verlo por otra ocupado sin mi pasión y sin mi amor á ti, echarásme de menos, y querrás evocar mi figura y resucitarme á tu lado, cuando ya sea para todo tarde y no quepa ni siquiera el arrepentimiento: que no se torna jamás del orco profundo y maldito. Yo te veo que miras, cual acostumbrábamos de novios, con el deseo vivo en la mirada, con el temblor en los labios, con la sangre ascendiéndote á las mejillas. Ahora te guardo placeres nunca gustados, y te diré ternezas que nunca en tu lecho habrás oído. Llévame á tu lado, pues ninguna mujer te amará en este mundo cual te amó tu Mesalina.

Y Claudio callaba. Sus ojos decían lo que sus labios no acer-

taban á repetir, en el temor inmenso á Narciso, porque todo en él era miedo, terrible miedo, cual si comprendiera no pertenecerle por méritos propios el Imperio y recelara de perderlo á cada instante. Pero al efecto de ternura despertado por sus hijos uniéndose un sentimiento de sensualidad despertado por su esposa. De buen grado se lanzara de la litera con violencia y se perdiera en aquellos brazos donde había encontrado dichas sin número y sin nombre. Pero ¿qué hacer? La condición primera de su vida estaba en la carencia completa de su memoria. Y á la falta de memoria uníase también la falta de dignidad. Así la voz, la mirada, la presencia de Mesalina, sus ruegos y sus recuerdos, le habían dado un vértigo nuevo, y en este vértigo se había completamente abismado todo aquello que le dijeran de su mujer. Mas el miedo á Narciso le tenía como sojuzgado y no le permitía la libre disposición de su persona. En esto, vino emoción de otro género á imprimirse con profundidad sobre su ánimo y sobre su pensamiento. Era una emoción religiosa. El emperador, no solamente se creía jurisconsulto, filósofo, historiador y aun poeta, se creía sacerdote. Parecíale correlativa con la dignidad cesárea la dignidad pontifical. Así, cosa facilísima comprender todo el alcance de una súplica presentada por la sacerdotisa más antigua y más sacra entre todas las vestales, por Vidibia. Cuando Narciso la vió, no pudo reprimir ya más tiempo su palabra, profundamente callada hasta minuto de tal trascendencia, y le dijo á Claudio, inclinándose á su oído para conmoverlo y reteniéndolo del manto para que no bajase de la litera:

— ¡Cuáles tiempos hemos alcanzado y cuáles costumbres nos aquejan, que las vestales vienen á interceder por las adúlteras! Claudio, necesitas ejercer una dignidad tan excelsa como la dignidad suprema de censor, necesitas tomar en mano la censura.

— ¿De veras me crees apto para censor?

— ¡Vaya!

— Gracias, Narciso, gracias.

— No atiendas á Vidibia.

— César, te hablo y te conjuro á ti, descendiente de Vesta, en nombre de la diosa más romana; te hablo y te conjuro en nombre de Vesta.

— Di — murmuró Claudio, sacando la cabeza un poco más allá

que al hablarle Mesalina é inclinando el oído y todo el cuerpo con mucha más reverencia.

— Por todos los dioses, Claudio, desoye á Vidibia, que sin pensarlo ni quererlo trabaja por influjo de la sensual emperatriz y del desatentado esposo nuevo suyo en la ruina de tu persona y de tu Imperio — exclamó Narciso.

Mas Claudio no era hombre para desoir un discurso, y un discurso religioso, cuando su fuerte mayor consistía en garrulear, y garrulear mucho, á roso y belloso, acerca de materias teogónicas. Comprendiéndolo así Narciso, cuyo poder estribaba en el profundo conocimiento que tenía de la naturaleza de Claudio, dejó hablar á la vestal, con el firme propósito de sacar cuanto partido pudiera contra Mesalina de aquellas palabras dichas por una sacerdotisa virgen, ante Claudio, en defensa de una mujer adúltera.

— Ya sabes lo que represento y lo que significo en Roma — dijo Vidibia, disertando al gusto de Claudio. — Represento la diosa del Olimpo romano, que á su vez representa la llama del hogar doméstico. Ella cuida el fuego sagrado que debe cocer vuestros alimentos y el antiguo lampadario que debe iluminar vuestros penates. Ella es Vesta, y campea en los vestíbulos. Por eso tuvo la prerrogativa de recibir todas las ofrendas familiares y personificar la eterna religión del templo, donde la familia romana se junta;



La diosa Vesta con el paladio y cetro (de una fotografía)

que templo debe llamarse á toda casa nuestra, mucho más siendo patricia, y mucho más aún siendo imperial. Verdadera fiadora de la legitimidad en toda familia es aquella virtud, que á todas las otras virtudes femeniles aventaja, la santa castidad.

Un sordo rumor sarcástico se produjo al oír esto en labios de una vestal, osada hasta un extremo tan increíble como responder por la sensual Mesalina. Pero aunque se puso, al rumor, pálida la emperatriz, y se pusieron colorados los asistentes, sobre todo Narciso, á quien le retozaba en el cuerpo y al rostro le trascendía una risa burlesca, no atendió Claudio á tales efectos y continuó pendiente de aquellos labios litúrgicos tan oídos por un jurisconsulto teólogo cual él.

— Por la castidad en su mujer, que Vesta vigila, sabrán los padres cómo sus hijos le pertenecen, y cómo, al heredarle, no le roban llevándole á otra sangre propiedades y riquezas transmitidas con su sangre.

A esta fase de la plegaria siguió, no ya un rumor, una carcajada, que sacudió un poco los embotados nervios de Claudio y le hizo columbrar lo creído en Roma universalmente de su desatentada mujer. Pero la vestal, convencida sin duda en su interior de que parando mientes en tales manifestaciones frustraba su discurso, lo continuó cual si nada oyese del público y nada sucediera en torno suyo.

— Ningún romano se partirá del hogar nunca sin el correspondiente saludo al fuego sacro; ninguno empezará ni á comer ni á beber sin compartir su comida con la diosa y ofrecerle de grado la porción de vino á ella correspondiente. Vesta preside como sacra y fiel abuela en el hogar á toda la familia. La promesa de casamiento se da en presencia del sacro fuego doméstico; la renuncia formal y solemne á las hijas en el acto de casarse éstas y la consiguiente abdicación de toda patria potestad sobre las que pertenecerán desde tal momento á sus maridos, celebraráse junto al centelleo de su lumbre; una luciente antorcha precede á las novias, quienes vestidas de blanco y coronadas de flores pasan envueltas en velos tenues, entran desde la casa materna á la casa matrimonial, y cuando han penetrado en esta última sin tocar en el umbral, como los dentro nacidos, lo primero que deben hacer las recién casadas, para revestir sus sacros caracteres de sacerdotisas y esposas, es acercarse á la llama de su vivienda nueva y cocer un pan, que después de haber ofrecido á sus progenitores, conmemorados en mil signos varios, parte con su esposo, iniciando así la consubstancial comunidad interior de sus ideas y de sus afectos. La misma superioridad que goza la familia sobre todas las instituciones goza Vesta sobre todas las divinidades en Roma. De consiguiente, ¿cómo te has permitido, Claudio, disponer cosa ninguna contra tu mujer sin consultar á Vesta, y cómo cumplirías lo que has dispuesto interponiéndose la sacra diosa en el camino entre los propósitos tuyos y su cumplimiento? Teme que caiga una divina maldición sobre tu frente.

— ¡Ay! — exclamó Claudio, con tal grito de dolor en su voz y tal

sacudimiento en sus nervios que parecía como sorprendido por un rayo.

— ¡Señor y dueño! — exclamó Narciso — no puede tolerarse que las vestales intercedan por las adúlteras. Dejando sin castigo el adulterio de Mesalina y la defensa del adulterio por Vidibia expones á infinitas calamidades y plagas el Imperio. Vuelve pronto en ti mismo y hiere, ó asocia tu nombre tan glorioso, en este día nefastísimo de hoy, al día último de la Ciudad Eterna.

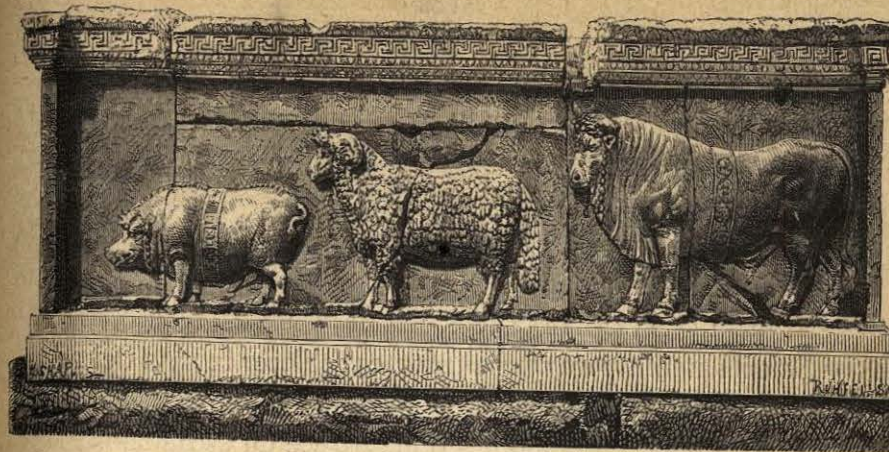
— ¿Qué debo hacer? — preguntó Claudio á Narciso.

— Entregarme por tres días el Imperio — le respondió el taimado liberto.

— Pues tómalo, Narciso, — respondió el cuitadísimo emperador.

— Soy César por tres días, temblad — gritó Narciso dirigiéndose á la emperatriz y á la vestal, que, fuera de sí, como si les hubiera sobrecogido en inesperada coyuntura terrible incendio, echaron á correr, dando gritos de auxilio y de socorro.

— Dejemos ir á Mesalina. Ya cazaré semejante liebre dentro de su madriguera — murmuró Narciso.



Sometaurilia (Bajo relieve encontrado junto á la columna de Focas)

CAPÍTULO VIII

EL CASTIGO

Penetrado Narciso de que la perplejidad constituía el capitalísimo achaque de Claudio, le impulsaba con todas sus fuerzas al castigo de Silio y Mesalina, cuyo matrimonio como una disolución inevitable del Imperio presentaba con empeño á su vista. Pero Claudio, intimidado por todo cuanto á su alrededor sucedía, reducíase á preguntarse á sí mismo allá en sus adentros y á preguntar al mundo entero quién era él y á él qué le pasaba, como si cosa ninguna dijese á su espíritu ni determinaran en su ánimo los escándalos recientes. En tal situación, llegado el emperador con la corte al Palatino, su liberto lo llevó á casa de Silio con el fin de curarlo, constriéndolo así á fulminar la sentencia inapelable de muerte sobre los falsos novios.

— Mira, Claudio — le dijo al entrar en casa del rival; — mira los esclavos que guardaban tu vestíbulo guardando el vestíbulo de tu violentísimo heredero.

— Verdad. ¿Y cómo los han traído aquí?

— Pues por un decreto sancionado con tu estampilla, que trasladaba la casa de Claudio á la casa de Silio.

— ¡Parece imposible!

— Parecerá imposible, mas no hay una mayor verdad.

— ¿Te acuerdas, Claudio, de los joyeles más preciados, que lle-